

The Inner Level: How More Equal Societies Reduce Stress, Restore Sanity and Improve Everyone's Well-being

Richard Wilkinson y Kate Pickett

(Milton Keynes, Allen Lane of Penguin/Random House, 2018, 325 p.)

Es continuación de *The Spirit Level*, que es imprescindible en los estudios sobre desigualdad social¹. Establecían relaciones estrechas entre desigualdad y una serie de problemas sociales. En el presente estudio enfocan más las consecuencias individuales. Presentan políticas para disminuir las desigualdades en un contexto de sostenibilidad. Los dos libros se entienden mejor gracias a los avances realizados por Thomas Piketty en su libro *Capital in the Twenty-first Century*, en 2013². Los últimos datos y análisis aparecen en el *World Inequality Report* de 2018³. Es importante también el estudio de Keith Payne sobre *The Broken Ladder*, y el de Richard Reeves sobre los *Dream Hoarders*⁴. El avance realizado por esos autores sobre la desigualdad económica y social es impresionante.

La desigualdad económica tiene consecuencias psicológicas y somáticas. Vivir en una sociedad desigual cambia la forma en que las personas se relacionan, e incluso cómo se ven a sí mismas. Hay relaciones estrechas entre desigualdad social y mortalidad, sobre todo mortalidad infantil, esperanza de vida más corta, más enfermedad mental, obesidad, homicidio, violencia, consumo de drogas ilícitas, número de personas en las cárceles, falta de confianza en otras personas, embarazos adolescentes, menor movilidad social, etc. Las correlaciones son altas, aunque las relaciones causales son complejas de establecer. Son relaciones estrechas, consistentes, a menudo con una secuencia temporal clara, y biológicamente plausibles. Los efectos negativos de la desigualdad no solo afectan a las clases más bajas, sino a la mayor parte de la población. La competición es mayor para

¹ Escrito en 2007: Richard G. Wilkinson y Kate Pickett, *The Spirit Level: Why Equality is Better for Everyone* (London: Penguin, 2010). Hay un vídeo (DVD) realizado por Katharine Round, titulado *The Divide*, y subtítulo *What Happens When the Rich Get Richer?*

² Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-first Century* (Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2014). La primera edición es en francés un año antes.

³ Facundo Alvaredo, Lucas Chancel, Thomas Piketty, Emmanuel Saez, y Gabriel Zucman, *World Inequality Report 2018* (Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2018), 332 p. La primera edición es de abril de 2018, en Seuil (París), 524 pp. Previamente en la red con 296 p.

⁴ Keith Payne, *The Broken Ladder: How Inequality Affects the Way We Think, Live, and Die* (New York: Viking, Penguin/Random House, 2017), 196 p. Véase una revisión en Jesús M. De Miguel, «La desigualdad empobrece, pero lo importante no es la realidad», *Claves de Razón Práctica*, 260(218): 122-129. Richard V. Reeves, *Dream Hoarders: How the American Upper-Middle Class Is Leaving Everybody Else in the Dust, Why That Is a Problem, and What to Do About It* (Washington DC: Brookings Institution Press, 2017), 196 p.

todos, y también el estrés y la inseguridad. En los últimos años se produce una crisis económica mundial (2008-), aparecen populismos en muchos países, también polarización política, movimientos migratorios nuevos y muchos refugiados. Hay que medir el impacto de la desigualdad en el ser humano, sus valores, sentido de la vida, relaciones con otras personas, niveles de ansiedad y problemas mentales. El objetivo es disminuir las desigualdades y aumentar el bienestar de las personas, todo eso en un mundo sostenible que no deteriore más el planeta. La visión final del libro —a pesar de los datos abrumadores— es optimista. La desigualdad y el deterioro medioambiental no son irreversibles... *a better world is possible*.

Hay que identificar los factores que están produciendo esos problemas. El factor determinante es la creciente desigualdad económica, que produce ansiedad de estatus, junto a excesos de consumo y baja autoestima. A pesar del progreso económico y de confort, el mundo contemporáneo sufre un aumento de enfermedades mentales. Estrés, depresión, ansiedad, soledad, tristeza, falta de amistades, baja confianza en los demás (y escasa autoconfianza), falta de vida comunitaria, alta movilidad geográfica, obesidad, e incluso presión arterial elevada... son síntomas complejos, entrelazados, cada vez más prevalentes. Los niveles de felicidad están estancados, véase el libro de Julio Iglesias de Ussel *et al.*, *La felicidad de los españoles*⁵. La población en los países ricos sufre más. Parece una contradicción que el progreso haya generado más problemas y para más personas.

La jerarquización de la sociedad actual no se realiza exactamente por nacimiento (como antaño), sino a través de una supuesta meritocracia que sitúa a las personas según su inteligencia y méritos, en una escala social con poca movilidad. Esa meritocracia hunde la confianza de las personas que están en los estratos más bajos de la sociedad. Las personas pobres, excluidas y marginadas se autoinculpan de su situación. Así se justifican las diferencias de estatus. Se dice que los ricos son superiores, más eficientes y productivos, además de más inteligentes y trabajadores. Hemos vuelto a niveles de desigualdad social de hace casi un siglo, como se ve en el gráfico 9.1 de la página 237. Eso explica la eclosión de estudios sociológicos, económicos, y epidemiológicos sobre desigualdad. También hay una nueva generación de datos internacionales que hasta ahora no existían, o solo de forma fragmentada.

Hay una verdadera epidemia de ansiedad en la sociedad contemporánea. Es una ansiedad de estatus social. Los países más desiguales tienen tasas de enfermedad mental del triple. La depresión es abundante y a menudo ataca a personas jóvenes. En los países desiguales hay más ansiedad, más depresión y también más enfermedades mentales. La autoestima es baja, y es perceptible la falta de autocontrol. Las sociedades desiguales incrementan estos problemas para la mayoría de la población, no únicamente para los de abajo. Aumenta la competición, los deseos materialistas y la jerarquización social. Las personas presentan niveles altos de presión arterial, colesterol, obesidad y azúcar. La desigualdad genera un sufrimiento real para casi toda la población⁶. La hipótesis fundamental es que la desigualdad deteriora a toda la sociedad, y no solo a grupos marginados. La población está menos dispuesta a ayudar a otras

⁵ Julio Iglesias de Ussel y Rebeca de Juan (eds.), *La felicidad de los españoles* (Madrid: Tecnos, 2017), 307 p. España es un país feliz, pero con falta de confianza de la población en los otros.

⁶ Las personas con poder, y en los estratos más altos («los ricos»), sufren de menor estrés.

personas, a cuidar personas ancianas, a acoger a inmigrantes y a gastar recursos en personas enfermas.

La mayor desigualdad es morir. La salud de la población que sobrevive es peor en sociedades desiguales. Pero los indicadores de salud subjetiva no son fiables. En países donde la esperanza de vida es baja a menudo las personas dicen estar saludables y felices. Se interioriza que hay que mostrarse fuerte en la vida a pesar de las dificultades. En los países igualitarios las personas son más modestas. También existen características culturales: en Estados Unidos las personas deben mostrarse siempre felices; en Asia, sufrir suele ser signo de que algo se está haciendo bien. Cuando se les pregunta, las personas dicen que son mejores que la media: mejores conductores, profesores, amantes, más inteligentes... Por definición no todos pueden estar por encima de la media. La confianza en los otros es un factor importante en el bienestar. La vida propia depende mucho de las relaciones interpersonales. Nos cuidamos unos a otros. La amistad y las relaciones en la comunidad son una parte importante de la salud y la felicidad. La conciencia de que vivimos en una sociedad jerárquica genera malestar e incluso ansiedad. En las sociedades desiguales el exceso de violencia no suele ser de las clases bajas contra las altas, sino de las clases bajas entre ellas mismas.

La desigualdad no genera crecimiento económico, y a menudo es causa de inestabilidad social y política. Es, además, una justificación del sistema de jerarquía social. Tiende a solidificar las diferencias de inteligencia y mérito, e incluso las convierte en intergeneracionales. Es parte de una estructura de prejuicios sociales y étnicos, que pretende hacer creer que las diferencias son innatas. Lo cierto es que el progreso en la inteligencia de la población mundial (medida por los test de IQ) es evidente en la última centuria. Pero la pobreza genera un daño cognitivo considerable sobre las personas, especialmente en los niños/as. Las sociedades desiguales mantienen diferencias grandes en los resultados educativos en la infancia. Pero son las desigualdades sociales las que crean esas diferencias en habilidades, y no lo contrario. Invertir más en educación —sobre todo en la infancia— es un sistema para reducir la desigualdad y la pobreza. Pero la desigualdad es resistente, sobre todo a cambios de recursos económicos puntuales. Se requiere una transformación estructural. El problema es que la desigualdad crea «ciclos de desventajas» con pobreza intergeneracional.

Un objetivo político obvio es reducir las desigualdades horizontales y verticales. Una idea nociva es que hay personas superiores, o más valiosas, que son más productivas socialmente. Esta idea se ha legitimado mediante el progreso mundial entre 1920 y 1980. A partir de esta segunda fecha la importancia de la clase social, del estatus y de la riqueza vuelve a crecer. Existe cada vez más homogamia en el matrimonio y menos movilidad social. En este mundo tecnológico los niños/as perciben las diferencias sociales cada vez más pronto. Las clases bajas (y pobres) progresan muy poco en los últimos años, mientras que las personas ricas lo son cada vez más. Eso abona la idea de una superioridad natural de las clases altas. La idea de que existen diferencias innatas según la etnia (o el color de la piel) es negativa. Algunas de esas variables están produciendo violencia adicional. Las sociedades desiguales tienen más personas en la cárcel. La edad de responsabilidad criminal es también más joven.

¿Qué políticas sociales existen para reducir la desigualdad y sus consecuencias negativas? A ello se dedica la tercera parte del libro (pp. 213-265). No hay recetas fáciles. Tampoco se suelen presentar datos de políticas exitosas. Las políticas para reducir la desigual-

dad deben combinarse con la sostenibilidad medioambiental. Las sociedades más ricas y desarrolladas no logran mejorar los niveles de bienestar. Esto es evidente en la esperanza de vida. A partir de 40.000 dólares de ingresos *per capita* la esperanza de vida no progresa. El crecimiento económico mantiene una contribución decreciente al bienestar: «El crecimiento económico en los países ricos ha terminado su trabajo de transformar la calidad de vida humana» (p. 219). El objetivo debe ser incrementar el bienestar sin crecimiento. Eso se logra, por ejemplo, con menos consumo y más ocio. La desigualdad incrementa el consumismo. Pero a su vez la sostenibilidad del planeta no se conseguirá sin cambios de organización social, básicamente de relaciones sociales y de calidad del entorno social. Además, hay que superar la violencia generalizada, así como el incremento desmedido de gasto en fuerzas de seguridad.

Wilkinson y Pickett proponen un mundo mejor. El objetivo es minimizar las divisiones de clase. Hay que lograr una sociedad más inclusiva, con un sentido de comunidad más fuerte. La movilidad social es baja en sociedades desiguales, la jerarquía social es más estática o rígida y las oportunidades para la infancia son menores. Las clases sociales se están segregando residencialmente, estando las clases cada vez más separadas. La vida comunitaria descende. La confianza en los demás disminuye. En las sociedades desiguales hay una falta de confianza generalizada, con baja autoestima. Los problemas de depresión y ansiedad son legión. La desigualdad además incrementa el consumismo. Las personas utilizan el dinero para marcar su estatus.

No se conoce el óptimo de desigualdad. Ni tampoco cómo sería una sociedad totalmente igualitaria. Conocemos sociedades bastante igualitarias (como los países escandinavos, Japón, Taiwán), pero no hay experiencias de países iguales. Tampoco analizamos la desigualdad que habría que reducir para aumentar el bienestar de la población. La distribución de la riqueza se relaciona estrechamente con el poder. La desigualdad correlaciona con la debilidad de los sindicatos. Estos han cambiado como consecuencia de los procesos de transformación del mercado de trabajo. A su vez, la desigualdad a partir de 1980 correlaciona con el auge de la ideología neoliberal (que a su vez debilitó a los sindicatos). Entre tanto aumenta la extrema derecha y la extrema izquierda, así como los populismos. La socialdemocracia se desliza hacia la derecha. La población general subestima las desigualdades de ingresos/riqueza, pero considera que son demasiado grandes. Mucho del progreso realizado en décadas anteriores se ha perdido.

Se propone la transformación del mercado de trabajo y de las empresas hacia modelos más igualitarios y democráticos. Una fuente de desigualdad son los salarios extraordinariamente altos de los puestos de dirección de las empresas. Los autores del libro son partidarios de establecer un salario básico. Su utopía se define como «una vida social más relajada, con comunidades más fuertes, en las cuales es más fácil disfrutar de los placeres de la amistad y la convivialidad y conseguir así una sociedad mejor para cubrir nuestras necesidades sociales básicas [...]. Necesitamos más tiempo para la familia y para nuestros niños/as, más tiempo para cuidar unos de otros, para amigos/as, para los ancianos y para disfrutar de la vida comunitaria» (p. 263). Un paso adelante sería la extensión de la democracia al mundo del trabajo.

El objetivo final es diseñar políticas sociales que reduzcan la alta tasa de desigualdad social en las sociedades actuales, junto con un progreso de vida sostenible que no dete-

riore (más) el medio ambiente. Ello mejoraría la calidad de vida de las personas⁷. Es, pues, necesario cambiar no solo las políticas sino también la Política⁸.

por Jesús M. DE MIGUEL
MSc (London School of Economics), PhD (Yale University)
mananaconsulting@gmail.com

⁷ Para datos sobre España, véase el capítulo 12, Jesús M. De Miguel, *Calidad de vida*, en el libro de Cristóbal Torres (ed.), *España 2015: Situación social* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2015), 1.740 p.

⁸ En los gráficos del libro se muestra una situación de España bastante favorable. En un contexto internacional, España se sitúa en un nivel medio (más bien medio-bajo) de desigualdad social. Pero en varios indicadores (negativos) España presenta una relación positiva, mayor que otros países. Así, por ejemplo, la tasa de enfermedad mental es baja (p. 36). La tasa de esquizofrenia es también más baja de lo esperable (p. 54). Pero la participación cívica está ligeramente por debajo de la media esperada (p. 57). La población se siente mejor que la media (p. 64). Incluso el gasto en anuncios como proporción del PIB es bajo (p. 104). El índice de bienestar infantil está casi exactamente en la media (p. 107). El *bullying*, o agresividad contra otros niños/as en la escuela, es muy bajo en España (p. 131). Pero los resultados escolares en matemáticas y lectura (medido por PISA) son bajos (p. 173). Los indicadores de bienestar infantil son mejores de lo esperado (p. 176). Pero la movilidad social es relativamente baja (p. 177). ¿Cómo se pueden explicar las relaciones positivas en el caso de España?